

Prólogo

Vicente Garrido Genovés

CATEDRÁTICO DE EDUCACIÓN Y CRIMINOLOGÍA
EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

No encuentro un tema más digno de ser tratado por el arte que la muerte. Por supuesto, la alegría y los momentos de plenitud también merecen la atención de los artistas, pero la muerte no tiene parangón. Como refiere el autor, «aunque la sociedad viva ocultando y evitando la muerte, el interés que tiene y la semilla que supone para crear nuevos productos, cada año, es ingente». Este libro es una aproximación lúcida a la fructífera variedad de tratamientos que el Arte ha dedicado a la muerte, permitiéndonos un acercamiento riguroso y a un tiempo liberador de ese final inevitable. El público, instintivamente, reconoce esta relevancia. Un ejemplo: el Grupo de Neuroingeniería biomédica perteneciente a la Universidad Miguel Hernández de Alicante realizó en 2023 un estudio curioso en el museo de El Prado. De entre los muchos admiradores de la célebre obra de El Bosco *El jardín de las delicias*, los investigadores seleccionaron a cincuenta y dos voluntarios para analizar qué es lo que más les interesaba de esta célebre pintura, compuesta por tres partes diferenciadas: el Paraíso, a la izquierda; en el centro, la Vida terrenal, y el Infierno a la derecha. El método utilizado fue el uso de unas gafas especiales conectadas con un ordenador, de tal modo que se podía registrar con gran precisión qué partes del cuadro captaban el mayor interés de los voluntarios.

El resultado: los visitantes observaron durante 33,2 segundos los diferentes rincones del Infierno, frente a los 26 segundos de la Vida terrenal y los 16 del Paraíso. El Bosco pintó la

crueledad del sufrimiento como retribución por los pecados cometidos, el dolor eterno merecido a los que malgastaron con su iniquidad su vida en la tierra. Hay pues una lección moral, derivada del dogma cristiano (común a muchas religiones), pero hay otra razón fundamental que nos impulsa hacia el Infierno: estamos predispuestos por nuestra herencia evolutiva a prestar atención a todos aquellos acontecimientos que se vinculan con nuestra supervivencia.

Esta es la razón por la que, desde los orígenes del periodismo, las noticias de crímenes son tan populares, así como de la perenne permanencia del relato criminal en las artes narrativas. Piensen en *La Iliada*, levantada sobre un secuestro y una guerra de venganza; o en las tragedias de Shakespeare donde la sangre y las pasiones humanas que la derraman conforman el núcleo de las tramas (*Hamlet*, *Otelo*, *Ricardo III*). Y en el cine la fascinación por el mal y el crimen está en su propia carta de natalidad: *El Gabinete del Dr. Caligari* (acerca de un asesino serial y un médico que lo esclaviza, 1920), *El Dr. Mabuse* (un genio del crimen, 1922) *Asalto y robo de un tren* (primer 'western' de la historia, 1903).

El hombre como víctima de la fiera depredadora y las catástrofes (ya sean provocadas por la mano del hombre o por la naturaleza) siempre nos han amenazado desde que pusimos el pie en el planeta como homínidos del género homo, hace más de dos millones de años. El Bosco nos habla de la supervivencia en el más allá pintando terrores que identificamos, porque han ocurrido en esta vida. Los animales que nos daban caza durante el 99,5% de nuestro pasado como especie dieron paso en los últimos cinco mil años al criminal que nos podía matar. El Infierno del Bosco, empero, nos habla de nuestras acciones, de la realidad que nos podría engullir para siempre si olvidamos a Dios, si somos nosotros los que nos convertimos en las fieras de nuestros semejantes.

Ahora bien, no se trata solo de que la muerte homicida o violenta nos atrape inexorablemente la atención; la muerte

refleja, de un modo u otro, el problema del «otro lado», el terreno ignoto de la posible vida después de la muerte, lo que reconocieron con su mayor detenimiento en el Infierno los visitantes del Prado. No necesitamos el crimen para que nos interese la muerte, aunque la temamos y tratemos de burlarla ingenuamente intentando no pensar en ella. El ser humano es el único ser de la creación que tiene conciencia de que va a morir: en el privilegio de su mayor inteligencia (aunque a veces esto sea discutible en términos de la especie humana y su gestión de la vida) está el fardo de la angustia existencial. Podemos sortearla con mayor acierto, en vez de ignorarla, mediante el arte. Nos podemos burlar de ella, qué duda cabe, lo que es interesante porque viene a ser una burla de uno mismo, porque todos somos clientes inexcusables en su morada, más tarde o temprano. Pero, en mi opinión, tal y como Germán Piqueras muestra con talento en esta obra, lo más sabio es acercarse a conocerla, a en cierto sentido intimar con ella, no con la esperanza de ganarle terreno, no, no es posible, lo sabemos; pero sí con el propósito de comprenderla mejor, de intuir sus guiños, sus retruécanos, sus bromas pesadas y acertijos, pero también el arcano que guarda en su acción definitiva y final, por medio de lo que, nosotros, como seres humanos, podemos imaginar, sentir e incluso desear; es en este sentido en el que calificaba al comienzo de estas líneas de «liberador» el resultado de sumergirse en este volumen, pues a la fuerza hemos de ser más sabios y temer menos cuando miramos a la parca a los ojos. Pues, a mi entender, no hay más verdad que esta: la muerte será aquello que en el último momento de nuestra existencia esperemos encontrar, mientras decimos un último adiós a los que amamos.